

GALLEGO GALLEGU, Antonio. *La música ilustrada de los jesuitas expulsos*. Sant Cugat: Editorial Arpegio, 2015. 266 pp.

Es normal que algunos autores se identifiquen con sus personajes y que los investigadores se impliquen hondamente con el objeto de sus pesquisas. Por eso, resulta fácil imaginar a Antonio Gallego como jesuita expulso (él mismo nos recuerda que cursó estudios en el Colegio de la Compañía de San Zoilo, en Carrión de los Condes). El autor comparte con aquellos eruditos del Siglo de las Luces la curiosidad por las artes y las ciencias, el amor a la lengua, el sentido crítico, la fina ironía, un lenguaje castizo y unos sólidos ideales. *La música ilustrada de los jesuitas expulsos* es un estudio que entronca con su ensayo, escrito hace más de cinco lustros, sobre *La música en tiempos de Carlos III* pero, al leerlo, se descubre que la perspectiva temporal de Gallego trasciende el ámbito que podría intuirse. Pronto se entiende que ocurre por necesidad antes que por elección, pues el universo intelectual que se despliega ante nuestros ojos es exuberante: recorrer la historia, el teatro, la pintura, la poesía, las matemáticas, la mitología, la retórica, la gramática, el latín, la estética, las costumbres, la arquitectura, los clásicos, la acústica, la historia sagrada y, naturalmente, la música; presenta referencias que, desde el obligado exilio de aquellos religiosos, comunican la cultura española con Italia, Francia o Alemania. Solo con un bagaje cultural como el de Gallego se puede valorar y comprender plenamente el vasto escenario en el que trabajaron y escribieron

los jesuitas, dentro de un plan universal para las ciencias, las artes y las letras.

Este afán integrador no es ajeno a la antigua concepción de la música, cuya etimología nos remite a los distintos saberes de las Musas bajo la dirección de Apolo. Entre los ilustrados se advierten los ecos de aquel añorado sistema clásico en el que la música ocupaba un lugar, si no central, en igualdad respecto a las demás disciplinas. El autor destaca esta resonancia con algunas alusiones a la progresiva depreciación que ha sufrido, desde entonces, la música en determinados espacios. Estas y otras reflexiones entrelazan ideas procedentes de los albores de la civilización occidental con el panorama actual. Las abundantes derivaciones conviven con un análisis contextualizado a través de un lenguaje medido y de una crítica bien informada, que elude exquisitamente cualquier proyección incongruente. Aquellos conocimientos se han visto naturalmente superados por los siglos, pero nos dejan el testimonio de una forma de pensar, de un momento apasionante de nuestra historia cultural, en el que surgieron nuevos conceptos junto a otros que se iban desmoronando. Los cambios sociales experimentados al final del Viejo Régimen ante un naciente Romanticismo sentaron los cimientos de nuestro mundo. Ahí aparecieron algunas claves del pensamiento musical que llega a nuestros días y del cual aún somos deudores.

Gallego analiza los textos y aportaciones de siete egregios jesuitas en sendos capítulos procedentes de diversas ponencias previas elaboradas en los últimos años. En el primero

enumera las referencias musicales de *Fray Gerundio de Campazas*. Esta novela, de José Francisco de Isla (1702-1781), es una sátira contra los predicadores pedantes, que se desarrolla sobre un vivo retablo de costumbres. Abundan las alusiones a instrumentos, cantos y danzas que delatan los cambios en los gustos musicales. A propósito del *Diccionario castellano* de Esteban de Terreros (1707-1782), Gallego apunta cómo el vocabulario también refleja las transformaciones que entonces estaba experimentando el sistema musical. Antonio Eximeno (1729-1808) es uno de los teóricos musicales más estudiados. Gallego confirma su espíritu innovador desvelando algunos problemas interpretativos en la traducción de su obra, inicialmente publicada en italiano. Juan Andrés (1740-1817) abordó la influencia de la poesía árabe en la música, polemizando con Arteaga. Por su lado, Esteban de Arteaga (1747-1799) realizó estudios de historia de la música y de estética, llegando a acometer una primera historia de la música española, inédita y perdida. Vicente Requeno (1743-811) partió de la teoría musical antigua para reivindicar, desde la experimentación acústica y sonora, el temperamento igual, un avance que, junto a otras innovaciones, abriría insospechados horizontes. Y por último, los trabajos del mexicano José Márquez (1742-1820) sobre Vitrubio llevan a Gallego a reconsiderar algunas relaciones entre música y arquitectura. Gallego no solo relee, sino que dialoga

con estos sabios jesuitas introduciendo en el debate a otros interlocutores. Y así remata su libro unos extraordinarios versos de Antonio Colinas titulados «La noche transfigurada».

El estilo literario del ensayo es fresco, limpio y evocador, tanto en sus maneras como estructuras. La riqueza del texto se extiende a las abundantes citas, enjundiosas notas y sugerente bibliografía, que ofrecen muy apetitosas pistas incitando a ulteriores lecturas y relecturas. El propio autor advierte en la coda del posible exceso de referencias, y señala aquellas cuya consulta y estudio quedan pendiente. Es toda una lección de honradez académica y de instinto pedagógico. Aunque nos encontramos ante un libro sobre música, cualquier curioso sacará provecho y satisfacción de su lectura. Tenemos aquí un ejemplo de musicología que rompe con el círculo reservado a especialistas, contribuyendo a redimir el conocimiento musical de cualquier posible e injusto aislamiento. No descubro nada nuevo, pues Gallego siempre ha remado en esta dirección desde muchas orillas. En este ensayo también nos recuerda cómo, tras el deslumbrante trabajo intelectual de aquellos escritores, se oculta el dolor del exilio y la triste sensación de que su legado musical no fue debidamente conservado y cultivado en nuestro país. Con su aportación, Antonio Gallego hace justicia estos siete inquietos jesuitas recobrando sendas olvidadas. ¡Bien lo merecen!

Víctor Pliego de Andrés